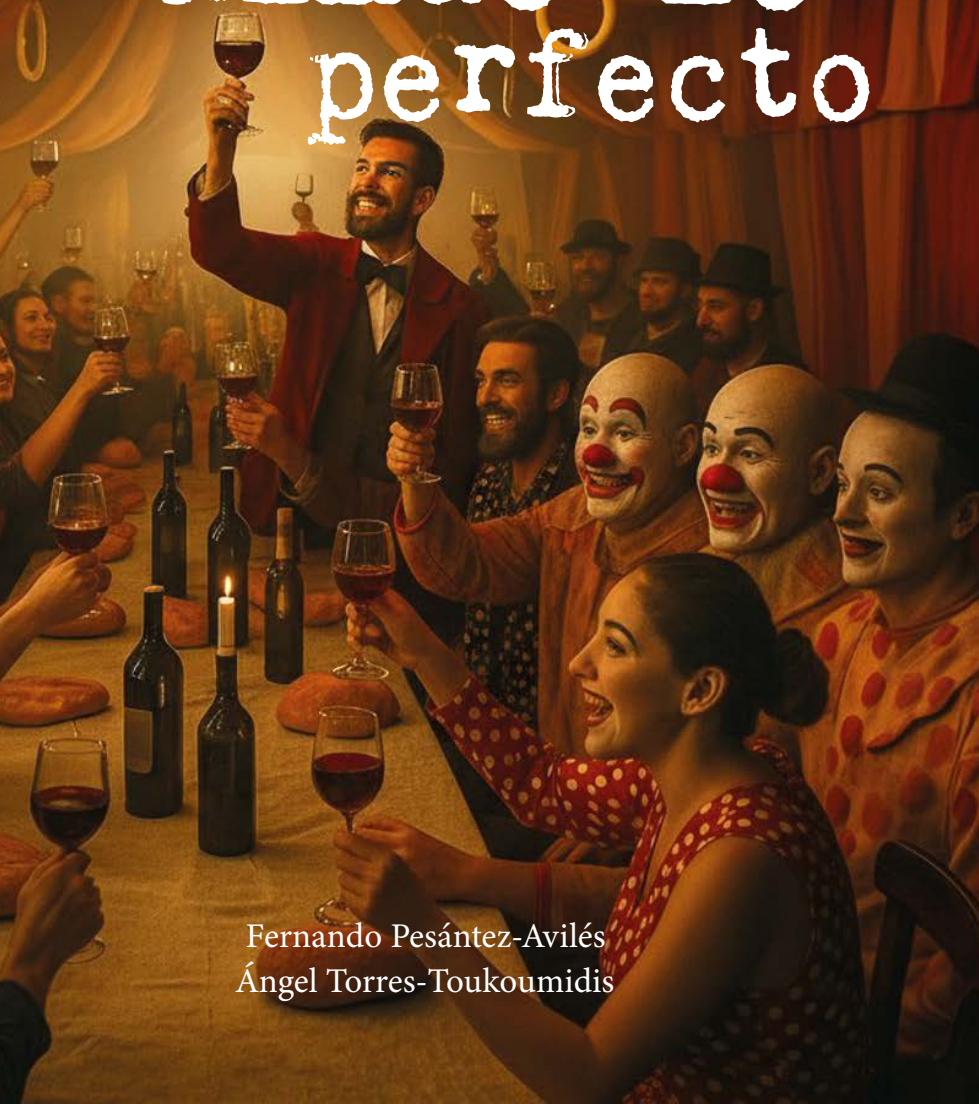


Universidad Politécnica Salesiana

El almuerzo perfecto



Fernando Pesántez-Avilés
Ángel Torres-Toukoumidis



CARRERA DE COMUNICACIÓN

Grupo de Investigación GAMELAB-UPS
Grupo de Investigación GI-IATA

4 EDUCACIÓN DE CALIDAD



Pulí Pulí huele a maquillaje corrido, a promesas viejas y a vino barato. Bajo la carpa del gran circo, el domador envejece, el payaso conspira y el mago calcula. Afuera, el público aplaude sin saber si asiste a un espectáculo o a su propio funeral.

El almuerzo perfecto es una fábula sobre el poder, la corrupción y la risa como anestesia. Un texto que disecciona con bisturí de ironía la maquinaria del engaño: gobiernos que se comportan como bufones, pueblos que veneran a sus verdugos y líderes que convierten la verdad en número de magia.

Un espejo distorsionado en seis actos donde la farsa y la política se confunden hasta volverse indistinguibles. Cada personaje encarna un rostro del poder y su inevitable podredumbre.

Esta obra revela que el espectáculo más peligroso no ocurre en el escenario, sino en la conciencia de quienes prefieren mirar y callar. Cuando la risa sustituye al pensamiento, el circo no termina: apenas comienza.



ISBN: 978-9942-52-011-1



9 789942 520111

ABYA
YALA



1975-2025
50



El almuerzo perfecto

Fernando Pesántez-Avilés
Ángel Torres-Toukourmidis

El almuerzo perfecto



2025

El almuerzo perfecto

© *Fernando Pesántez-Avilés y Ángel Torres-Toukourmidis*

1ra. edición: © Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
PB.X. (+593 7) 2050000
e-mail: publicaciones@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

CARRERA DE COMUNICACIÓN
Grupo de Investigación GAMELAB-UPS
Grupo de Investigación GI-IATA

ISBN impreso: 978-9942-52-011-1
ISBN digital: 978-9942-52-013-5

Foto de portada
e interiores: Generadas con Chat-GPT4 de Open AI y
Nano-banana de Gemini.

Diseño,
diagramación
e impresión: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

Tiraje: 300 ejemplares

DOI: <https://doi.org/10.17163/abyaups.151>

Impreso en Quito-Ecuador, noviembre de 2025

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana.
El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad de los autores.



“Se decía que en Pulí Pulí vivía un hombre que pasaba las mañanas pensando cómo deshacerse de otro. Nunca lo hizo. Y quizá por eso nunca llegó a ser parte del circo”.



PRIMER

ACTO

Hace menos de dos décadas, se presentaba un escenario espléndido. Lo tenía todo, era tan impactante que llegaba a competir con otros espectáculos de artistas de Brasil, Argentina, Chile o México. Gozaba de muchas ventajas, comenzando por su ubicación ya que se erigía a los pies del río, poseía incluso un jardín botánico y un pequeño castillo de ladrillo visto; era paso obligado antes de llegar al centro de la gran ciudad. Su administración estaba a cargo de un viejo domador de fieras, que tenía similar aspecto de El Quijote: alto, delgado, ojos saltones, de barba y bigote escaso, aunque ya blancos. En la noche, esa barba deshojada se mantenía iluminada como si mil guirnaldas la rodeasen de escarcha plateada; se podía decir que sabía domar fieras, leer estrellas y con todo ello, tejer historias.

Nunca el domador advirtió que un payaso de mediano talento, acecharía, junto con otros acróbatas de discreto calado, para hacerse del entonces bello y entrañable circo. El domador confiaba, con ingenua certeza, que su legado, en aquellas pistas, jamás se degradaría hasta convertirse en una apariencia vacía puramente simbólica, para servir de escenario al acto personal de un bufón mediocre con intenciones perversas, dando paso luego a una farsa ingeniada, a la comedia con pantomima.

Antes de que el viejo domador de fieras decidiera retirarse, vencido por la edad y las múltiples fracturas mal curadas que arrastraba como cicatrices de sus enfrentamientos con los felinos que alguna vez intentó domesticar con hipnosis e historias, su cuerpo comenzó a pasarle factura. Mario Paúl Reyes Rosas Pisos, así constaba en su

registro civil, comprendió entonces que lo más democrático, para preservar la calidad del espectáculo circense aclamado por propios y extraños, sería convocar a todos los miembros del circo a un almuerzo perfecto, donde se definiría la suerte, el devenir y el futuro de la compañía.

Estuvieron presentes dos malabaristas, seis acróbatas, tres contorsionistas, el payaso, el mago barbado de quijada cuadrada, el maestro de ceremonias, dos técnicos de montaje, el iluminador, el sonidista, la vestuarista, el maquillador y dos cuidadores de animales. Eran un total de 23 personas participando en ese acontecimiento único. Todos ellos, se sintieron honrados cuando llegó el día, pensaban cada uno en contar sus historias, sus anhelos y en menor medida sus fracasos. Se movieron sus palmas cual frotada de guayusa, esperando ser de los que bebieran de la copa privilegiada.

Ya en el acto opíparo el viejo domador, con copa en mano fue contundente en su mensaje de brindis:

“—Desde mañana, mi ropa tornará a oler a humano, y no a gato descomunal. Hoy, ni una brizna de paja ha de menearse hasta que demos con un nuevo administrador para este desmán de esfuerzo y de ingenio. Tal persona ha de ser constante en sus menesteres, cortés en su trato con todos, y tan cercana al vulgo como el aire a los pulmones de quien respira. ¡Salud por vosotros!

Y porque en esta nuestra república de doctos, no faltan quienes, con pluma en ristre y mirada altiva, confunden el arte de lo posible, con la suficiencia del ego particular de un traje azul de luces, declárese por estatuto que nin-

gún bienhechor de este colorido espectáculo ha de tomar vino sin antes haber leído al menos un prólogo ajeno. Asimismo, dispóngase que toda cartelera, antes de ser presentada a cuanto gozare de nuestra risas y malabares, pase por la criba del buen seso y la del humor; que no hay saber sin risa, ni carpa que resista tanta gravedad sin que se le tuerza el alma. Y si alguno, en su celo de sabiduría, pretendiere medir el ingenio del arte del vaivén y la tramoya por el número de sillas vacías, mándesele a contar estrellas, que al menos éstas alumbran”.

Entre los invitados también se encontraba el padre Lorenzo Pardo, párroco del pueblo, pequeño de estatura y oído lento, quien asistía más por lealtad al domador que por interés en las disputas. Observaba todo en silencio, con las manos entrelazadas sobre la mesa, como quien entiende que antes de la tragedia siempre hay un banquete. No sonreía. Parecía escuchar algo que los demás no oían: un rumor de cansancio, de viejo cansancio moral.

Un poco más atrás, apoyado en una columna y casi inadvertido entre las sombras, estaba Stalin Polesnyk, técnico de estructuras y recién llegado de tierras lejanas. No hablaba con nadie. Tomaba un sorbo lento de agua, como quien evalúa el ambiente más que participa de él. Sus ojos recorrían la mesa con la calma metódica de quien ya ha visto a hombres elevarse y caer en plazas más grandes. Nadie sabía cuánto tiempo pensaba quedarse en Pulí Pulí; él tampoco parecía tenerlo claro. Solo observaba. Y cuando observaba, parecía medir.





Creendo aquel hombre desde su candidez casi pueril que había sembrado en tierra fértil, pidió a dos de sus aliados más cercanos: Curro el payaso y Dionisio un malabarista ya entrado en años, que consideraran postularse como nuevos administradores de la compañía, siendo así los custodios principales de los recursos de esa exitosa empresa del entretenimiento.

En principio se formaron dos bandos: los de bastones rojos y los de narices postizas azules. Dionisio, aunque callado y de andar pausado, debido a una caída en red de casi 30 metros que tuvo cuando ejercía el dominio de las alturas, lideraba los bastones rojos. El segundo, los narices postizas azules eran cobijados por el payaso Curro, quien, con sus gracias y chanzas, incluso con su acto de borracho indefenso, logró ganarse a un buen grupo, especialmente a los más ingenuos.

Ambos se postularon en una lid que despertó entre los miembros de aquel teatro idílico de otrora los más profundos resentimientos y miedos. Con ellos surgieron también las frases y promesas para conquistar el tan apetecido espacio que dejaría el viejo domador.

Curro el payaso al final de su intervención postuló:

—Les ofrezco, pan, techo y empleo—, y al más puro estilo inglés completó su discurso con “order, progress, and social well-being”.

En tanto los rojos, respondían: —“¡Que te vote tu abuela!”—

La gente, desde fuera, miraba absorta y presagiaba que aquello no terminaría bien, o mejor dicho, que no conduciría a nada bueno. Y así fue: el equipo de color rojo, guiado por Dionisio ganó la postulación e inició el primer ciclo sin el domador hipnótico: para entonces disminuido a sus apellidos Reyes Rosas Pisos.

Los azules fueron relegados y sus narices guardadas bajo llave en un casillero celado por el mismísimo Can cerbero; y aunque no fueron suspendidos de sus roles, se sintieron desplazados y excluidos. El grupo del nuevo apoderado, cada vez que podía, recordaba a los demás que en su bando habían todos sin distinción. Así, Dionisio, conocido por sus detractores como el “trapecista cojo” se rodeó de un equipo también lento, procurando devolver inútilmente, el apogeo, de los actos acostumbrados en este circo de talla mundial.

Esto duró seis largos años, especialmente para aquellos que no se veían habitualmente dentro de los grandes letreros del circo. Los bastones rojos eran sin duda los que manejaban no solo el discurso sino también los recursos. Aunque no se supo a ciencia cierta qué pasó, parecía que, poco a poco, las aguas se fueron calmando. Era como si unos se hubieran resignado a liderar y los otros a proseguir con la resistencia. Aunque *a vox populi* se conocían las diferencias, se cuidaban entre ellos de no hacerlas más evidentes de lo que ya eran, evitando que se hicieran públicas las polarizaciones, y fuertes discusiones que existían al interno de la gestión del circo. Todo lo que pudiese asustar a la gente del Pueblo de

Pulí Pulí, debía finamente evacuado para mantener con altivez la imagen de los bastones color bermellón.

Solo queda una anécdota sobre estos desencuentros. Ocurrió alrededor del tercer año de la administración de Dionisio. Al finalizar uno de los shows, un medio nacional llamado *Postavisa* entrevistó al maquillador del circo, Reinaldo: un hombre de contextura robusta, muy amanerado, con ínfulas de diva y lengua afilada.

En aquella entrevista, transmitida en vivo, dijo:

“Dionisio, cariño... somos como una larva de oruga, iuna sola! Tu ta-lento, tan desesperantemente tardo, que a veces pienso que el tiempo te teje capullos solo para verte dormir dentro.

Nosotras somos mariposas, amor: criaturas de vuelo y de color. Y tú... tú nos cortas las alas con tus titubeos.

Nos llevas a la ruina, al más dulce de los precipicios.

Y, aun así —ay, cómo añoramos al domador— te extrañamos con furia, con esa nostalgia que araña y sonrío. Grrr...”.

Esta entrevista generó un cataclismo en el backstage del circo, que se solucionó comprándole un nuevo set de maquillaje y una peinadora con luces led a Reinaldo. No se supo más de otros enfados y diferencias entre los artistas y Dionisio. Se dice que entraron en una especie de trance rutinario en el que solo se dedicaron a cumplir con su tarea y a cobrar su salario. Ya no eran una familia, era una relación mercantil.

SEGUNDO ACTO





Iniciaba el último año de Dionisio al cargo de la administración de esta carpa mágica, su adversario el payaso Curro, sintiéndose insultado en su enorme ego que no cabía en su pequeña macana, decidió autoexiliarse en el segundo para evitar que se notara cómo su maquillaje se corría, dejando entrever el inicio de profundas arrugas. Su desprecio por Dionisio se estaba convirtiendo en resentimiento, Curro diseñó una estrategia que le permitiría alcanzar la administración del circo. Su plan fue vendido como pacífico y benévolo, pero gradualmente se convirtió en un pandemonio.

Su planificación duró cuatro años y, para bien o para mal, continuaron las presentaciones en el circo. No se degradaban, era los mismos actos día tras día. No innovaban. Dionisio no se arriesgaba hacer nada nuevo. Los días pasaban por igual. Esto ayudó a que la figura del payaso tomara más adeptos y simpatía.

Los seguidores del payaso, ingenuos unos, y otros no tanto, comenzaron a reunirse con él de vez en cuando: unos formaban la idea de buscar un relevo natural y democrático; otros tantos, los más viejos de la feria, que a su vez dominaban la mayor cantidad de jaulas y fieras, se agruparon para solicitar el retorno directo y por asalto del payaso a la gran carpa.

Dionisio, entrando a enero de su séptimo año frente al circo, decidió irse. La venta limitada de tickets que casi lleva al circo a la quiebra, su fugaz amorío con una contorsionista y los rumores sobre un asalto violento de Curro, el payaso al circo, le animó a llamar a elección

nes que erigieran al nuevo administrador dejando tres bandos: los suyos (bastones rojos), los ingenuos (nuevo grupo llamado los tamborileros) y los narices azules.

Así, nuevamente, el circo se dispuso a elegir a su administrador. El grupo de los bastones rojos optó por no presentarse; el segundo grupo: ubicó a una mujer joven, la vestuarista, con la templanza del domador Mario Paúl Reyes Rosas Pisos y con dones que hacían pensar que podría ser la fórmula de salvación para recuperar el apogeo de la gran carpa; y los terceros, encabezados por el payaso, los narices azules, se lanzaron con todo. Esta vez, los azules con los malabares de la derrota previa, montaron una estrategia no basada en ofrecer actos de calidad o justicia a sus visitantes, sino en prometer grandes y succulentos retiros a quienes los siguieran. A otros les ofreció pasar de peones a alfiles, y a algunos técnicos de montaje les insinuó que algún día serían tratados como reyes y tendrían un palco asegurado allá en las alturas de la platea.

De esta suerte, y con los recursos que toda mala maña ofrece, el payaso ganó la administración del circo, su sueño tan anhelado y que tanto después de varios años en el exilio había logrado concretar.

Desde el inicio despojó a todo aquel que no le inspirara confianza, más aún si pertenecía al pequeño grupo de la vestuarista. Se instaló en su trono y hasta pidió a un chamán amigo que le realizara un ritual de limpieza para purgar las malas vibras que sus antecesores pudiesen haberle heredado.





Transcurrió largas jornadas pensando la tácticas para lograr que la carpa volviera a llenarse, aunque los actos ofrecidos en ella no fuesen ya necesariamente dignos de estrellas. Entonces se le ocurrió la mejor de las ideas: llevar a su diestra a alguien que pensara como él mismo. Por eso, su primera elección como administrador electo fue traer como asesor al mago del circo, era barbado y de mandíbula cuadrada. Curro lo bautizó en el cargo con unas frases dilapidantes y muy directas:

“Hoy a ti, Néstor Orozco, mago-ilusionista por convicción, te nombro oficialmente como mi asesor y sucesor, y yo me tendré por muy honrado y ufano aquello. Te advierto, buen discípulo, que en las jaulas del poder no basta el ingenio, si no se adereza con cierta maña de zorro y paciencia de monje. Quien gobierna entre domadores ha de sonreír con la boca y calcular con el alma. Guárdate, pues, de mostrar todas tus cartas, y haz que tus silencios parezcan prudencia y tus demoras, estrategia. Así, cuando tomes mi lugar, parecerás justo, aunque obres con arte; y piensen los necios que reinas por virtud, cuando en verdad lo haces por el disimulo...”.

De a poco, los actos para los expectantes comenzaron a cambiar: se restringieron los horarios de los malabaristas para no pagarles el salario completo; se estableció como norma que nadie, en adelante, pudiese hablar del presupuesto de la gran carpa, so pena incluso de despido, y si alguna vez se diera una nueva contienda por el sillín, aquel que osase producir alguna afrenta respecto a las decisiones de Curro sería excluido de inmediato y castigado con el destierro. También se negó difundir

carteleras de las próximas funciones que no tuvieran su cara o por lo menos su barriga.

Otra de las decisiones más controversiales, pero irónicamente lógicas de Curro, fue asumir que al conocer que el pueblo grande o ciudad pequeña de Pulí Pulí estaba clasificado por castas, la carpa debía ser exclusiva para los más opulentos. Y como estos solo podían asistir de madrugada, ese sería el nuevo calendario a seguir. Las funciones iniciaban a las 22h00 y terminaban a las 5h00. No podían asistir niños, el precio de la entrada costaba el triple y comenzaron a vender alcohol adulterado traído de Nueva Caledonia-Yunguilla.

Todo lo que hacía parecía, para todos, menos para él, un desacierto. Evidentemente las personas dejaron de asistir y con ello las arcas del circo empezaron a diezmar, cual pilche con agujeros.

Un punto de inflexión de este “circo” fue cuando inauguró un nuevo acto de bicicletas con malabaristas desnudos y con los ojos tapados, pero resultó un éxito accidental: en la primera función chocaron los dos ciclistas en doble vía. Curiosamente, las caras ensangrentadas de los ciclistas generó risas entre los asistentes, dejando una excelente propina al final de acto.

Al culminar esa función específica, invitó a los escasos 20 asistentes que habían asistido al circo, que vinieran a su oficina para beberse “la última del día”, invitó también al mago barbón de quijada cuadrada, Néstor Orozco, para que escribiera toda la retroalimentación que pudiera remitir estos empresarios. Las conclusiones

expuestas en el cuadernillo del mago resaltaban en mayúscula: “SANGRE, VIOLENCIA Y ALGO MÁS,”.

En la próxima función, el acto estelar tenía cinco niños afro, que habían sido raptados dos días antes por los acróbatas camuflados con verde matorral, junto con un manojo de ortigas. La libertad la ganaba quien lograra bailar sobre las ortigas sin gritar por mayor tiempo posible. La ortiga, ese fuego verde, les ardía como brasas en los pies de estos cinco niños que habían sido elegidos como si fueran parte de una broma cruel. El público aplaudía sádicamente, sin darse cuenta de que era contra su propio pueblo que llovían los comentarios. Era cosa de no creer, Pulí Pulí otrora ciudad de cinco ríos se veía tiznada por la crueldad de sus propias voces, de 20 voces borrachas, que días antes habían decidido el provenir del espectáculo.

Así transcurrieron evento tras evento. Uno peor que otro. Uno más sádico que otro. Las voces comenzaron a extenderse y el circo comenzó a conocerse como “El Veguitas”. Pero en realidad, Las Vegas, ciudad de pecado y casinos, ubicada en ese país que muchos aman y otros odian, era un juego de niños en comparación con lo que ocurría en este circo. Ni siquiera Donald Pato ni Donald Trump creían lo que pasaba en Pulí Pulí.

Aquellos actos, ya más bien alejados de la gala circense, generaban tantos dividendos, que Curro con el “apoyo” de sus contactos de alta alcurnia, recibió el permiso para construir un paso elevado de desviación que llevara directamente a los asistentes a su circo sin tener que caminar del parking a la carpa. Infraestructura única de la ciudad.



TERCER ACTO

Ni el payaso, ni el mago asistían ya a ninguna reunión convocada por el Club de Grandes Espectáculos Circenses (CGESCI). En un acto desesperado por mantener vigente su reputación y el renombre de circo sembrado por Reyes Rosas Pisos, Curro comenzó a reclutar viejos adversarios afamados por sus mala praxis, elevándolos de categoría como portavoces y representantes sin importar el peligro que esto conlleva en las tarimas y las redes.

Al CGESCI llegaban susurros de “malas prácticas” aplicadas en el circo administrado por Curro. Las evidencias estaban muy bien custodiadas en razón que el mismo mago, mano derecha del payaso, había cumplido con sus deberes, tenía meses haciendo cuantiosas transferencias al Director del CGESCI para seguir incluyendo el circo en el ranking de los top más populares del país desviando así la atención de los malos comentarios que estaban circulando en redes sociales.

La cúpula administrativa del circo se había vuelto hermética, impermeable e impenetrable, dejó de existir transparencia en la toma de decisiones y se omitían los mínimos controles de calidad. Todo dependía de los caprichos del payaso, quien actuaba bajo tres fuentes de dilucidación: 1. su instinto; 2. las sugerencias de su asesor-mago, Néstor Orozco; y 3. consultoría externa a la que pagaba millones al año y que provenía de los barrios altos de El Salvador, país donde nació la nueva tendencia en espectáculos que juntaba la verticalidad, la impudicia y la concupiscencia. Nunca consultó a sus artistas, menos aún a los habitantes de Pulí Pulí.

Esto generó incertidumbre en el circo: todos se preguntaban si acaso estarían pensando en volver a legitimarse y reelegirse para hacerse vitalicio. Las dudas y los comentarios comenzaron a correr como el viento.

Unos sugerían que quizá la vestuarista podría ser la nueva ama y señora de la gran carpa; otros opinaban que el mago sería el mejor sucesor, total, ya conocía todas las mañas. Otra gran opción, decían algunos nerviosos, sería reciclar del olvido a un encantador de serpientes que era conocido como Tanzania, expulsado por Reyes Rosas Pisos a causa de un accidente con una cobra escapista y un acróbata.

Más allá de aquello, el plan de trabajo parecía claro: volver a los horarios habituales, recuperar el público infantil, invitar a patrocinadores, recuperar la confianza del Club de Grandes Espectáculos Circenses (CGESCI) y en caso extremo, vender algunos animales para pagar los salarios pendientes.

Uno muy pícaro, técnico de montaje, propuso que lo mejor sería consultar al señor del oráculo, un lojano que vivía en la Calle Juan Montalvo y usaba granos de café para predecir el futuro, aquel que sabía con anticipación quién ganaría, tal como en las votaciones pasadas. Pero fue inútil: se había marchado a Vilcabamba para hacer un retiro espiritual por seis meses.

El ambiente en la gran carpa cada vez era más tóxico, que incluso las alimañas, dos arañas, una de panza lisa y abdomen brillante y una viuda negra, que hacían nido en los vértices de las tramoyas decidieron ir en busca de nuevos espacios. El aire olía a polvo viejo y a mentira reciente.

Los carteles de propaganda cada vez eran más grandes en cuanto dimensiones y colores, pero las letras eran minúsculas todas. Se empezó a utilizar tipografía dorada, idea del mago barbón de quijada cuadrada, y aunque temiendo que la tinta le jugará alguna ironía del destino, siempre que pasaba junto a un cartel, mojaba sus dedos con saliva y rozaba el cartel suavemente para probar la calidad de la impresión, luego con el exceso de líquido envolvía con sus dedos los extremos de su mostacho, para el mismo dárselas de opulente. Su fetiche era claro, a Néstor Orozco, le gustaba presumirse. Su narcicismo era rebosante cuando no estaba el payaso. Frente a su jefe era una oveja mansa.

El payaso Curro, rara vez salía de su trono que era como un gran tambor cuadrado, cuando lo hacía saludaba con una sonrisa más fingida que novia posando para foto con la suegra. A su lado, siempre el mago y dos gemelas que parecían candelabros que fueron contratadas para escoltarle, mientras el fingía tomar nota en su libreta de cuero mientras ordenaba con voz grave:

—¡Más luces hacia mí, menos hacia el público! No hay verdad que se sostenga con mala iluminación. Más Luces, más luces...

A la par de la incorporación a escena de las gemelas que eran *toda tripa*, se contrató a un técnico de sonido, un joven con manos temblorosas y ojeras de insomnio, sobrino del Director del CGESCI que debía estar siempre atento par amplificar los discursos de apertura de los actos expuestos antes en cartelera, siempre y cuando sean pronunciado por Curro o el mago de quijada cuadrada.





CUARTO **ACTO**

Era la noche anterior al estreno de un nuevo acto, titulado “Sí relincho, no camino”, diseñado para convencer al público de Pulí Pulí de votar “Sí” en la próxima Consulta Popular, una maniobra que, según las proyecciones del mago, serviría para cambiar la Constitución y reordenar las organizaciones, incluida la gran carpa, y así permitirles apropiarse de poderes plenipotenciarios y afianzar el modelo de circo salvadoreño.

Esa noche iba a ser mágica. Además de presentar el acto, Curro iba a nombrar a su sucesor, el mago barbón sería el nuevo administrador del circo, “el reformador”, “el sabio de la barba cuadrada”, “el que traería de vuelta el orden al desorden”.

La aventura de Curro como administrador había tenido un tiempo de vigencia muy corto. Tan solo fueron dos años de locuras del payaso en el circo, pero su ambición lo llevaba apuntar más alto. Su idea era sencilla pero efectiva: nombrar a su fiel títere mientras él se postulaba como director del CGESCI. Pulí Pulí ya le quedaba pequeño, el necesitaba alimentar su ego con más poder: “Coimas a mí”.

El mago sabía de su nuevo nombramiento, de allí que, al interior de la carpa, mascullaba para sí, casi como un conjuro: “Mientras guardo mis palomas en la manga y mi conejo en el sombrero, si todos me miráis, el poder será mío. No importa que los domadores manden, que los rojos dicten el guion o que los tamborileros marquen el ritmo del trabajo en las jaulas; mientras creáis en mí, seguiré pareciendo plenipotenciario. Hoy debo decidirme

si firmaré Admin. Néstor Orozco o Mag. Néstor Orozco, o Mag. Admin. Néstor Orozco. Decisiones...Decisiones”.

Sin embargo, en su mente nunca imaginó que aquel muchacho recién contratado como técnico de sonido iba a ofrecer un giro radical de los acontecimientos...

Esa misma noche, mientras hurgaba por aquí y por allá buscando un lugar para los parlantes y los cables que exigían sus tareas del magno evento, encontró por plena casualidad, en una caja olvidada detrás del elefante de utilería, sobres con el sello del CGESCI, recibos de transferencias, cartas de felicitación y una nota manuscrita del propio mago que decía: “Asegurad la primera posición en el ranking; lo demás lo haré desaparecer con humo y espejos. Además, os concederé una beca para que los que elijáis puedan estar con nosotros durante el resto de la temporada”.

El técnico, al que ya todos apodaron como *Mosquiño* por su costumbre de zumbear donde no lo llamaban, sintió el vértigo del descubrimiento. Guardó los papeles bajo su chaleco, respiró hondo, y pensó:

—Si esto lo ve el pueblo, arde Pulí Pulí y se derrite el maquillaje del Payaso. Pero puede ser esto un buen artillugio para hacerme de un mejor puesto... ya veré, ya veré.

Escena 1. Sale a luz la verdad oculta.

Durante la gala del nuevo evento “Sí relincho, no camino”, llegó al gran evento, claro de madrugada, la asistencia de viejos mecenas, burócratas del espectáculo y

curiosos de la alta alcurnia, todos ellos con sus mejores risas ensayadas.

Como diría un viejo locutor y poeta, un recordado tocayo Don Artieda, lo presentarían como si fuese “el zorzal, el lírico, el artista, el duro, el bravo, el super-bacán, el pinga de oro, el más pesado que ha tenido este país y el mundo”. Siguiendo al poeta sería: “El único, el incomparable, el ahijado de Carl Sagan, el Ídolo del pueblo”.

Curro, entre luces, se pavoneaba con su terno de colores, feliz como un gallo disfrazado de cisne, ya que imaginaba que todo su linaje sería encubierto. El maestro de ceremonias exclamaba:

—Querido público —tronó el payaso—

Esta noche, Pulí Pulí vuelve a brillar, y con él, nuestro querido circo, bajo la égida del maestro mago, el hombre que convirtió el humo en sabiduría y la trampa en estrategia. El hombre que deja corto a Ulises, el de la Odisea, aunque sin Penélope ni Telémaco que les esperen, sería quien con cabellera corta domase en adelante a 100 leones, ni Sansón, David, Gedeón, Salomón, Jonás, Moisés, Ben-Hur, Ulises, Aquiles, Hércules, Perseo, Teseo, Eneas, Prometeo, Arturo, Lancelot, Rolando, El Cid, Parsifal, Don Quijote, Gilgamesh, Siegfried, Beowulf, Orfeo, Simón del Desierto, le llegaban a los talones.

Desde el Olimpo, el mismismo Zeus, con rayo y ceptro en mano, junto a Hera, Poseidón, Hades, Atenea, Apolo, Artemisa, Ares, Afrodita, Hermes, Hefesto, Deméter, Hestia, miraban a este semidios en proyección, estupefactos.





El público aplaudía con entusiasmo impostado, ese aplauso que suena más a protocolo que a alegría.

De pronto, mientras el mago extendía sus brazos para recibir la ovación, las luces se apagaron, un silencio lúgubre en madrugada cual panteón se apoderó del escenario y de cuanto en él cabía. Un silencio denso cubrió la carpa. Solo se escuchó el chasquido de los proyectores encendiéndose de nuevo, esta vez sobre la lona central.

En ella, gigantescas fotografías con las evidencias custodiadas por años comenzaron a aparecer, como pruebas irrefutables: las cartas del CGESCI, las transferencias, los sobres sellados, la nota manuscrita, los artículos prohibidos y tantas otras cositas que tenían ocultas y bien guardadas, se mostraron, en un solo tas.

Una voz amplificada, retumbó desde el altavoz principal:

—¡He aquí el verdadero truco del mago! ¡No convierte agua en vino, sino mentiras en rankings, primerizos en principales, hijos e hijas en profesionales circenses sin el más mínimo ensayo!

Un murmullo recorrió el público como una corriente eléctrica, y hasta el onomatopéyico cri-cri de un grillo que estaba extraviado, y el miau de una gata.

Curro palideció bajo su maquillaje. El mago intentó reaccionar, pero su voz se ahogó en la confusión.

—¡Apagad eso! —gritó.

—Demasiado tarde, mi señor —respondió, temblando, el maestro de ceremonias.

Nuevamente los Dioses, ya no desde el Olimpo sino desde el Capitolio, reconfigurados como Júpiter, Juno, Neptuno, Plutón, Minerva, Apolo, Diana, Marte, Venus, Mercurio, Vulcano, Ceres, Vesta, se quedaron absortos.

Escena 2. Sale a luz la verdad oculta.

Entre el tumulto, una figura conocida emergió apoyada en un bastón rojo. Era Mario Paúl Reyes Rosas Pisos, el viejo domador. Su barba blanca relucía como una antorcha cansada. Se veía como un alma en pena que retornaba a pedir cuentas, el humo dejaba entender su figura bien erigida.

El público se abrió para dejarlo pasar. Nadie se atrevió a aplaudir; el aire se llenó de respeto y de miedo.

El domador subió al centro de la pista y miró al Mago con una mezcla de tristeza y dignidad.

—Tú, que decías que, al igual que yo, podrías leer las estrellas— dijo con voz pausada—confundiste el firmamento con el espejo. Tus actos han sido perfectos en el engaño, y de ilusiones habéis llenado este templo de tempestades...Y tú, Curro, a quien mi diestra tendí y mi trono cedí; ofreciste pan y diste migajas, confundiste la risa del pueblo con el eco hueco de vuestra propia vanidad.

El mago, como sabía que se le iba de sus manos el poder, se quedó con la ironía, e intentó replicar:

—¡Tú domador de antaño, sembraste este circo y ahora te quejas de la cosecha! —Sí —respondió el domador—, pero nunca imaginé que del trigo para el pan nacieran solo espinas.

El silencio se hizo solemne. Luego, el público, que su mayoría estaban relacionados con las cartas compartidas, comenzó a murmurar, primero en voz baja, luego más fuerte sobre la profesionalidad de los actores en escena. Nadie realmente creyó que todo fuera real.

Escena 3. El giro inesperado

Al notar la reacción favorable del público ante aquel momento tan surrealista —que había puesto en juego su propia “coronación” y que muchos interpretaron como una dramatización de la justicia más pura y a la vez más fútil—, el mago alzó la voz y exclamó:

—El victimismo no cabe en este circo, y tu nostalgia barata tampoco. ¡Reyes Rosas Pisos, tú mismo te sentenciaste!

El domador quedó estupefacto, mientras tres acróbatas lo inmovilizaban traicioneramente por la espalda.

Curro observando que era su momento de relucir, grita:

—¿Queréis espectáculo?—

El estruendo del público, entre vítores y aplausos, se convirtió en una sinfonía de exaltación que sellaba, casi por unanimidad, aquella especie de consulta “democrá-

tica”. El bullicio no era solo entusiasmo: era una afirmación colectiva, una entrega ciega al espectáculo que se desenvolvía ante ellos.

En ese preciso instante, el payaso, con la solemnidad de un juez grotesco, levantó la mano y pronunció, con voz firme y teatral, la sentencia final:

—¡Ejecútese!

Su palabra resonó como una orden divina en medio del caos.

Entonces, sus escoltas, las dos gemelas descendieron lentamente del fondo del escenario. Sus movimientos eran calculados, hipnóticos, como si siguieran una coreografía aprendida en sueños. Aquella era la función que habían ensayado tantas veces en la penumbra, la que jamás habían tenido la oportunidad de presentar frente a un público. Ahora, por fin, el escenario y la multitud les pertenecían.

El show combinaba una danza de seducción con un ritual de violencia. Mientras sus cuerpos se movían con una elegancia inquietante, Reyes Rosas Pisos permanecía inmóvil, convertido en un lienzo humano para su arte perturbador. Cada giro, cada roce, cada mirada entre ellas era parte de un guion cuidadosamente ensayado. Con precisión felina, lo rasgaban, lo marcaban, hundiendo sus uñas recién afiladas por una manicurista extranjera que, sin saberlo, había contribuido al clímax de aquella obra cruel.

Hasta que, en sincronía, las gemelas llegaron al cuello de Reyes Rosas Pisos. Sus movimientos, antes danzantes y sensuales, se volvieron precisos, casi quirúrgicos. Un silencio denso se apoderó del lugar justo antes del golpe final. Entonces, una de ellas, con la mirada fija, sin titubeo, clavó sus uñas afiladas con una exactitud escalofriante, acertando en el límite de la caricia y la herida fatal.

La sangre brotó en un chorro repentino, rojo brillante bajo las luces del escenario. El cuerpo de Reyes Rosas Pisos comenzó a perder color, su rostro se fue tornando ceniciento, y la vida parecía escurrírsele con cada gota. El público, lejos de retroceder, contuvo la respiración, dividido entre el horror y la fascinación. Algunos creyeron que todo era parte del número; otros comprendieron, con una mezcla de vértigo y placer morboso, que aquello había cruzado el límite del espectáculo.

El mago, observando la escena desde la penumbra, comprendió entonces que el espectáculo había trascendido el truco: se había convertido en un acto de fe colectiva, en una representación de poder y sumisión disfrazada de entretenimiento.

Escena 4. Final del evento

La carpa quedó envuelta en un silencio pesado, apenas roto por el goteo rítmico del fluido carmesí sobre la pista. El aire olía a hierro y derrota. El cuerpo del Reyes Rosas Pisos reposaba en el centro de la pista, inerte, convertido en símbolo de lo que ocurre cuando la verdad in-

tenta salir a escena. Las gemelas, inmóviles, mantenían sus manos manchadas con el deshonor del deceso, como si esperaran la absolución del aplauso.

Entonces, el mago barbón quijada cuadrada avanzó. Su sombra se proyectó sobre el cuerpo caído y se alargó hasta los bordes de la carpa con una insolente sonrisa. No había en su rostro descomposición ni culpa: solo el brillo triunfante de quien ha sobrevivido a su propio escándalo. Con un ademán solemne, exclamó con voz serena y segura:

—Querido público... esta noche no habéis visto un acto de violencia, sino de purificación teatral.—

Algunos lloraban, otros reían nerviosos, sin saber si aquello había sido tragedia o ilusionismo macabro. El mago esperó a que el sonido creciera y, cuando la ovación alcanzó su punto máximo, volvió a hablar:

—Lo que habéis visto es apenas una muestra, una pincelada del nuevo tiempo que comienza bajo mi dirección. Preparaos para temporadas inolvidables, colmadas de innovación, de fuerza y de gloria. Porque mientras yo sea el administrador de este circo —dijo, haciendo una pausa y saboreando el silencio reverente—, la realidad no será más que un número adicional en nuestra pista.

El payaso asintió con devoción; Curro sonreía como un acólito que contempla la consagración de su discípulo. El mago extendió los brazos hacia el público, iluminado por el último foco que quedaba encendido, y concluyó con tono solemne y burlón:

—Bienvenidos seáis, damas y caballeros... a mi verdadero comienzo—

Las luces se apagaron. Solo quedó el eco del relincho de un caballo en la distancia, como una carcajada divina que se perdía en la madrugada.

QUINTO ACTO





José Néstor Orozco conocido antes como el Cholo Cortisona, se convertía para para siempre en el mago barbudo de quijada ancha, y terminaba vestido como administrador.

Si se creía que durante el periodo de Curro había oscuridad, durante este periodo será, en términos bíblicos, un Apocalipsis.

Nueve años el circo estuvo bajo el dominio del mago. “El Veguitas”, como los habitantes de Pulí Pulí solían llamarlo con una mezcla de cariño y temor, se transformó en un territorio inquietante. Pero su carácter aterrador no provenía de la penumbra ni de la tristeza, sino de algo más sutil y perverso: una apoteosis del hipercapitalismo, una oda brillante y obscena al progreso maquillado de espectáculo.

Aquel circo, antaño refugio de risas y asombro, se convirtió en un laboratorio del exceso. Las acciones más notorias de su nueva era fueron tan espectaculares como absurdas:

1. El Veguitas comenzó a cotizar en el NASDAQ, esa bolsa de valores estadounidense que reverencia la innovación, como si las carpas y los malabares fueran ahora acciones en movimiento.
2. Surgió un paquete premium, reservado únicamente para los afortunados con cuentas en paraísos fiscales: Samoa Americana, Fiji, Panamá, Trinidad y Tobago, las Islas Vírgenes de los Estados Unidos y Vanuatu. La exclusividad se volvió el número principal.

3. Gracias a su connivencia con Curro, el director electo del CGESCI, el mago obtuvo un préstamo de diez millones de dólares del enigmático Club de Grandes Espectáculos Circenses. La magia del dinero superó con creces la del ilusionismo.
4. La pista central se redujo a la mitad. El espacio liberado fue arrendado a tiendas de souvenirs, zonas descomunales de comida y bebida, un casino temático, y, como número más bizarro, un recinto de excesos circense. Allí, las y los contorsionistas ofrecían servicios para recibir un pago extra, pues el circo, en su pragmatismo empresarial, había eliminado las horas extras del salario.
5. Por último, Néstor Orozco idolatraba la tecnocracia, tanto así que logró despedir a los 2 técnicos de montaje, el iluminador y el sonidista. No porque tuvieran relación directa o indirecta con el sabotaje vivido, sino porque pudo reemplazarlos con un informático experto en Inteligencia Artificial que controlaba todo con una consola, varias cámaras y un par de programadores subpagados.

El éxito del circo era indudable, el giro de negocio fue una conquista del mercado. “Veguitas” no se detenía, estaba abierto 24 horas, los espectáculos nocturnos y madrugada seguían su rutina llena de violencia y desacato, pero en horario matutino y vespertino tenían funciones para todo público. En un par de ocasiones, se vieron personas que estuvieron 9 horas en el circo, gastando más de 15 000 dólares entre la función vespertina y nocturna.

Cualquiera pensaría que los artistas vivían en la cúspide del gozo, pero nada estaba más lejos de la verdad. Trabajaban por horas, sin contrato fijo, sin seguro, sin utilidades, sin descanso. Les hablaban de “ponerse la camiseta”, pero en realidad estaban explotados, devorados por un sistema que convertía el arte en rendimiento y la risa en deuda.

Un malabarista, que prefirió ocultar su nombre y su voz, declaró en el medio digital *Postavisa* —el mismo que años atrás había entrevistado al maquillador chismoso durante la era de Dionisio “el trapecista cojo”—:

—Ese mago es fachada pura. Está haciendo millones, pero a nosotros nos trata como pendejos. Los animales están mejor alimentados que sus protagonistas. Al único que paga bien es al informático. Los demás somos reemplazables. Te reclamo y recrimino públicamente, mago.—

Estas declaraciones llevaron al mago a una cacería sin cuartel para identificar al malabarista. Néstor era perseverante, descubrió el nombre del soplón y lo usó como parte de un show nocturno con caimanes y caníbales de Korowai-Indonesia, a quienes había traído expresamente con 38 horas de viaje en jet privado para acabar con la vida del delator. Depravación y vicio se hacían lemas, y viajes de ida y vuelta sin sentido eran los deleites del sequito superior.

SEXTO
ACTO

La gloria de “El Veguitas” no pasó desapercibida para aquel técnico de estructuras que merodeaba en silencio durante el almuerzo inicial. Su nombre verdadero era Stalin Polesnyk, y no era técnico en absoluto, sino el dueño originario del circo. Había crecido entre carpas itinerantes y osos amaestrados en los últimos años de la Unión Soviética.

Cuando el régimen cayó, en 1991, emigró a Pulí Pulí con una sola certeza: una carpa podía ser hogar, patria y memoria. Con el tiempo, su sueño se expandió; algunos aseguraban que poseía cuatro circos repartidos por distintos puertos. Él negaba la cifra. Afirmaba que era el mismo circo, solo que aprendiendo a levantarse en varios lugares a la vez.

Aunque su figura rondaba la carpa, casi nadie hablaba de él en voz alta. Era una presencia discreta, una sombra que observaba y tomaba nota. Algunos intuían que era él quien trazaba los acuerdos silenciosos y los porcentajes que nadie discutía, pero nadie lo sabía con certeza. En Pulí Pulí, su nombre no circulaba: se insinuaba. Y aquellos que lo reconocían preferían guardar silencio, como quien sabe que la verdadera autoridad nunca alza la voz.

Se elucubraba uno en Pulí Pulí —el más próspero—; otro en la India, famoso por su acto central con elefantes; uno en Nicaragua, dedicado enteramente a funciones infantiles; y otro en Bélgica, donde acróbatas de élite actuaban desde un gran ático.

Durante diez años en Pulí Pulí, Stalin dispuso que el domador fuera el primer administrador, quien debía remitirle el 35 % de las ganancias. En tiempos de pandemia, comprendiendo la crisis, redujo el porcentaje al 25 %, bajo la dirección de Dionisio, “el trapecista cojo”.

Sin embargo, cuando Curro asumió, lo elevó nuevamente al 45 %, pues el circo lucía inexplicablemente vacío, pero con ingresos altos; y con la llegada de Néstor Orozco, viendo la bonanza, decidió aumentarlo al 55 %.

El mago Néstor, furioso, se negó: seguiría entregando el 45 %. A Stalin eso no le gustó, y menos cuando supo que entre sus cuatro circos, el de Pulí Pulí era el más rentable. Curro apoyaba a Néstor, y del total de ingresos, un 10 % iba directamente a él: 3 % para la deuda del préstamo del Club de Grandes Espectáculos Circenses (CGESCI), y 7 % para el bolsillo de su iniciado. Todo estaba perfectamente calculado.

Stalin, al conocer la desobediencia, viajó a Pulí Pulí. Se presentó en el circo con su paso lento y la mirada de quien ha visto demasiados inviernos. Exigió sus pagos pendientes.

Néstor, ni corto ni perezoso, le propuso comprarle el circo. Stalin, sorprendido y con la boca seca de ansiedad, rechazó los cuatro millones de dólares que el mago ofrecía. Desde su visión, “El Veguitas” había traicionado su espíritu fundacional: él soñaba con un circo antiglobalización, con artistas sindicalizados, con crítica al sistema y sátira a los poderosos. No un emporio del dinero, sino un templo de arte popular.

Néstor elevó la oferta a siete millones. Stalin se sintió insultado. Entonces el mago, cansado de negociar con aquel idealista empedernido, dijo:

—Recibes lo que te propongo o comprobarás las consecuencias.—

Stalin, formado por la KGB, sostuvo la mirada sin parpadear.

—Enséñamelas —replicó, seco.

Néstor añadió con una sonrisa tensa y contenida, dejó caer las manos sobre una mesa cercana y sentenció:

—La próxima no habrá advertencia.—

Stalin no respondió: el silencio fue suficiente; ya urdía un plan.

Buscó apoyo en el alcalde: sobornado. En el prefecto: sobornado. En los comerciantes: también sobornados, a cuanto Stalin acudía, resultaba haber caído en las redes de la corrupción reinante.

Solo el cura del pueblo, el Padre Lorenzo Pardo, no había vendido su conciencia. Seguía anclado en la teología de la liberación, aficionado al vino, al pan de leña y a los libros polvorientos; era un hombre menudo, algo sordo, de paciencia inagotable y de fe que iba resquebrajándose con los años. “Pulí Pulí ha perdido el alma”, murmuraba, observando cómo la gente confesaba a la mañana y, a la noche, hacía las mismas faltas bajo las luces del circo.

Junto a él, inesperadamente, estaba Stalin: no un revolucionario de manual sino un viejo de mirada fría, curtido por otras lealtades. Entre ambos surgió una idea terrible y simple a la vez: despojar a la carpa de su poder simbólico. No buscaban sangre ni enseñanzas lentas que tardan generaciones; querían un gesto que hiciera hablar a todos, una purga que fuera, en su concepción, ritual de expiación.

Lo discutieron hasta el cansancio, entre dudas y silencios. No era una decisión tomada a la ligera: sabían el peso de lo que tramaban. Contaron con la complicidad de algunos, entre ellos la vestuarista y el maquillador, que aceptaron por hastío o por miedo; se evitaron víctimas deliberadamente. Y una noche, cuando las calles ya estaban vacías y la carpa apenas respiraba, sucedió lo inevitable: la lona se encendió y el fuego se llevó la imagen que Curro y sus aliados habían tejido.

El incendio fue breve y culminó sin pérdidas humanas, pero dejó una cicatriz abierta en Pulí Pulí. Para muchos fue un acto de justicia simbólica; para otros, un sacrilegio. Al día siguiente, el pueblo olía a ceniza y a preguntas: ¿había sido purga o venganza? ¿redención o quemazón de lo posible? Y en medio de esas dudas, Padre Lorenzo miró las ruinas con la misma mezcla de alivio y remordimiento que un hombre siente cuando ha causado daño esperando curarlo.

Néstor llamó a los bomberos —también sobornados—, pero el fuego no cedía. Las llamas avanzaban con una furia antigua, devorando butacas, telones y promesas.

El humo se elevaba hacia el cielo como una misa profana, negra y solemne.

Curro, el payaso, no atendió la llamada. Mientras la carpa ardía, él seguía recluso con sus dos escoltas —las célebres *candelabros*—, celebrándose a sí mismo entre risas y música, ajeno a la ruina que llevaba su nombre.

Néstor observaba el incendio desde la pista, inmóvil. Su rostro se había endurecido hasta parecer esculpido en piedra. El rechinar de su mandíbula llenaba el silencio entre las sirenas lejanas; *Cholo Cortisona* volvía a despertar en él.

En la colina, Padre Lorenzo y Stalin veían el resplandor extenderse sobre Pulí Pulí. No hablaban. El humo, espeso y dorado, tenía el olor insondable de las cosas que por fin terminan.

Y nadie en el pueblo intentó apagar el fuego. Se limitaron a grabarlo. Bailaban frente a la llamarada, sonriendo a sus pantallas, subiendo videos con filtros y hashtags: #CircoEnLlamas — #PulíPulíOnFire.

Así fue como “El Veguitas” llegó a su fin: no entre lágrimas, sino entre aplausos digitales.

Pero Néstor, aunque devastado, aún confiaba en el poder del dinero. “El dinero es un fénix”, solía decirse. Y creía que su cuenta bancaria bastaría para financiar dos circos más.

Sin embargo, esa misma noche, cuando intentó transferir fondos para iniciar la reconstrucción, descubrió que sus

cuentas estaban vacías. El banco reportó movimientos recientes, pero no ilegales: las claves de acceso habían sido utilizadas correctamente. Más tarde se supo que los valores estaban encriptados y que Stalin, con la ayuda de un joven minero digital del pueblo, había rastreado y descifrado las billeteras virtuales donde Néstor guardaba parte de sus ingresos. Desde allí, los fondos fueron transferidos gradualmente hacia dos parroquias modestas —una en Valparaíso y otra en Coímbra— que sostenían comedores comunitarios y refugios de paso. Nada de lujos, nada ostentoso: solo pan, mantas y silencio.

Los firmantes resultaron ser Stalin Polesnyk y el Padre Lorenzo Pardo. Pocos entendieron cómo un empresario ucraniano y un cura de parroquia habían terminado vinculados en una operación de ese tamaño. Tampoco nadie preguntó demasiado. Se dijo, en voz baja, que el tercero en el plan había sido aquel muchacho del sonido —el mismo que sabía “minar” datos mejor que romper silencio— y que, en la confusión del incendio, había encontrado el momento exacto para aplicar su arte.

La noticia alcanzó a circular un par de días, pero se deshizo pronto, perdida entre el humo de la carpa y la espuma de titulares más urgentes. Pulí Pulí siempre había tenido memoria corta, sobre todo cuando el olvido resultaba más cómodo que la verdad.

Meses después comenzaron a circular rumores. Hablaban de un nuevo circo, uno sin animales, sin jerarquías y sin dueño. Lo llamaban “La Carpa de los Invisibles”.

Decían que se levantaba sin permisos ni planos, que aparecía de noche en descampados y desaparecía al amanecer. No vendía entradas ni anunciaba funciones. Quienes pasaban cerca aseguraban escuchar música suave, risas dispersas y fragmentos de poesía mezclados con la brisa. Los artistas actuaban bajo la luna, como si el cielo fuera el único público capaz de comprenderlos.

Entre las sombras, alguna vez se distinguió a un hombre que hablaba poco y observaba mucho, con la serenidad de quien bebe café frío sin esperar que se caliente. No dio su nombre. Solo murmuró, como quien se habla a sí mismo: —Yo también tuve un Alfonso. Creí que si lo eliminaba me salvaría. Pero lo que uno quiere matar siempre viaja dentro.

Nadie respondió. Y cuando se volvió a mirar, ya no estaba: su presencia había sido apenas un pliegue de la noche.

Se contaba que los malabaristas improvisaban con antorchas y que las contorsionistas danzaban con una delicadeza que hacía olvidar el esfuerzo. Nadie cobraba, nadie mandaba. El espectáculo era una plegaria compartida, un intento de recuperar la inocencia que el dinero había convertido en mercancía. En aquella carpa no se buscaba el aplauso, sino el silencio posterior: ese instante en que el alma, sin advertirlo, se siente menos sola.

Así terminó la era de “El Veguitas”: entre el humo, el fuego y un silencio que parecía contener todas las verdades que nadie quiso escuchar. Pulí Pulí nunca volvió a ser la misma. Las cenizas de la carpa se mezclaron con el polvo

de las calles, y durante meses el aire tuvo un olor extraño, mezcla de duelo y alivio. Algunos aseguraban que, en las noches sin viento, podían ver un resplandor lejano, como si la carpa continuara ardiendo más allá del tiempo.

Y, sin embargo, por primera vez, Pulí Pulí respiró.

Respiró sin miedo, sin espectáculo, sin dueño.

Respiró como quien, al final de la función, apaga las luces, se quita el maquillaje y por fin se reconoce frente al espejo.

“Y cuando por fin se hizo silencio, alguien miró al cielo”.

31 de octubre de 2025-Día de Halloween.





Sobre los autores

Ángel Torres-Toukourmidis. Doctor en el programa de Doctorado Interuniversitario en Comunicación de las universidades de Huelva, Sevilla, Málaga y Cádiz. Máster en Comunicación con Fines Sociales por la Universidad de Valladolid. Es editor asociado de las revistas *Cogent Social Sciences* (Reino Unido) y *Estudios Pedagógicos* (Chile), así como editor en jefe de la revista *Universitas-XXI*. Director del proyecto *Observatorio de Información para Crisis Humanitarias* y editor general de la Universidad Politécnica Salesiana. Docente de la carrera de Comunicación en la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador. Autor de más de 200 publicaciones, entre artículos científicos, libros y ponencias.

Fernando Pesántez-Avilés. Es un escritor dedicado a la literatura que ha consagrado treinta años de su vida a la educación. Es doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de La Habana, Cuba. Actualmente, se desempeña como vicerrector general de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador; integra el Grupo de Investigación en Inteligencia Artificial y Tecnologías de Asistencia de la UPS y dirige la Cátedra Unesco “Tecnologías de Apoyo para la Inclusión Educativa”. Sus publicaciones se orientan principalmente al ámbito científico, en temas relacionados con la inclusión, el acceso y la justicia social. En el campo literario, ha escrito las novelas *Los palacios caídos*, *Nuka Simón*, *La caja naranja*, *Los misterios de Curuchupa* y *Crespi, más allá de las cenizas*.